

Habla su biblioteca

## La mutabilidad, o: A los peces, ¿qué les importan las leyes?

KATHERINE MILLER

*Directora de Asuntos Culturales*

*Biblioteca “Florentino Idoate, S. J.”*

*“...Al comercio, mientras se practique con dignidad, siempre lo ha considerado con alta estima en cada mancomunidad.”*

Cino Ranuccini, en el Prefacio al *Comentario sobre Dante de Cristoforo Landino* (Florencia, 1481)



Puerto de La Unión/Septiembre 2008

**E**n una república urbana gobernada por comerciantes y mercaderes, así como la Serenísima República de Venecia, o Génova la Soberbia, o Pisa, en

el siglo XV, los líderes políticos—ya sean dogos, priores o gonfaloneros, y también los humanistas, quienes sirvieron como diplomáticos y estadistas— de vez en cuando, tomaron nota en sus escritos del fenómeno de que en sus estados, ya sean repúblicas o monarquías, la riqueza heredada o acumulada en el comercio marítima era requisito para ostentar, manejar y mantener el poder político.

Para llegar a ser un líder político, estadista o diplomático durante estos siglos, una figura tenía que ser

capaz de exhibir derechos tangibles y materiales en la forma de mucha propiedad, cuentas bancarias fortísimas y líneas de crédito internacional para financiar la educación extensiva, que era un *sine qua non* para cualquier persona que deseaba asumir funciones importantes en el gobierno o para llegar a ser un ministro o embajador. Ahora, simultáneamente existía el mito democrático de que hasta un pobre pescador pudiera alcanzar a ocupar uno de estos puestos: por ejemplo, el dogo de Venecia. La realidad, sin embargo, era distinta, porque la historia nos demuestra que el poder político en estos estados provenía de las tierras de los terratenientes aristócratas o de las riquezas acumuladas de la práctica de actividades comerciales internacionales —principalmente el comercio marítimo de larga distancia en los casos que estamos considerando de la Cuenca del Mar Mediterráneo del Oriente en el Cinquecento: Venecia, Génova, Pisa.

Eran los tiempos en que la democracia fue marcada por una cierta mutabilidad en los siglos XV, XVI y XVII en Europa —estos siglos siendo los que constituyeron los “Renacimiento”, o la Modernidad temprana, en la jerga más reciente de los historiadores y filólogos. Las metáforas preeminentes en estos contextos eran las que tenían que ver con la mutabilidad: la realidad mutable que se deslizaba y cambiaba formas en todas las esferas intelectuales, filosóficas, literarias, hasta en la vida comercial, antesala a la vida política.

Esta idea de la mutabilidad que permea los escritos, la correspondencia, los documentos literarios, filosóficos y políticos fue prestada originalmente de *Las metamorfosis* de Ovidio (Publio Ovidio Nasón). *Las metamorfosis*, un poema de los tiempos romanos, permeaba no solamente la vida política de Roma, sino también la vida política e intelectual de los Renamientos que comenzaron en la península italiana con Dante y finalizaron con Maquiavelo.

Los romanos, siendo ancestros prestigiosos de las repúblicas y monarquías de la península italiana, tenían la palabra entre los humanistas de Florencia, Roma, Venecia, Siena, Pisa y Génova, quienes analizaban su pasado ancestral y más: lo examinaban bajo la lupa de obras y documentos desenterrados que iluminaban las ideas romanos en un afán humanístico de buscar *ad fontes* en los manantiales de conciencia ancestrales preservado en documentos por siglos hasta los Renamientos bajo el polvo de los sótanos de los monasterios, o en el equipaje de los refugiados huyendo a la costa del Adriático cuando Constantinopla cayó a manos de los turcos en 1453.

*Las metamorfosis* es un largo poema plasmando el horror y frustración de la vida, en una serie de pesadillas poéticas, rememorando cambios y mutaciones resultados de los deseos frustrados y no realizados. Dafne, para tomar solamente uno de muchos ejemplos en este

poema, era una bella joven ninfa adolescente, quien, en la histeria del terror por ser acosada sexualmente, amenazada con violación y así perseguida por el dios Apolo, pide a su padre una manera de escapar las atenciones de la deidad. Su padre la rescata de la inminente violación. Este efectúa, por medio de una metamorfosis, una mutación, una transformación de su hija en un árbol de laurel: de sus brazos y dedos levantados en súplica para escapar la violación, comienzan a crecer hojas de laurel. Continúa la mutación hasta que ella se transforma plenamente en un árbol de laurel.

Los poetas, teóricos políticos y diplomáticos de los Renacimientos quienes escribieron sus tratados y correspondencia durante su permanencia en los puestos políticos en sus repúblicas y monarquías durante toda la Edad Media y de los Renacimientos de Europa Occidental prestaban de Ovidio un sinnúmero de imágenes de mutación, porque la mutación y transformación mágica, religiosa, ética, política y moral era el metáfora *par excellence* que significaba la condición humana.

Para no multiplicar ejemplos, escogemos uno entre muchos: Dante Alighieri, poeta, militante político de su partido, exiliado político desterrado y diplomático al servicio de la República de Florencia. Dante, en el primer canto de *El paraíso, II*, Canto I, líneas 67-72 de su *Divina Comedia*, toma prestados y transforma asombrosamente emblemas

didácticos de la metáfora de una de las miles de metamorfosis que cantaba Ovidio, en el episodio de Glauco. Dante, ahora en el Paraíso, está viendo la figura virtual de Beatriz —virtual, porque la persona verdadera de Beatriz permanece en su lugar como parte de la rosa que gira alrededor de Dios. Para comunicar esta experiencia de ultratumba a sus lectores y oyentes, Dante se compara con Glauco, quien, como nos cuenta Ovidio, había comido una hierba divina antes de sumergirse en el océano, y es, por lo tanto, transformado en una criatura del mar. Pero, simultáneamente, Glauco mantiene su conciencia humana, sumergido en el mar y viendo desde abajo el barco de Eneas en su movimiento hacia Roma.

Con eso, Dante deseaba comunicar que él, mientras observa a Beatriz en su estado virtual en el Paraíso, es como Glauco transformado en el mar porque, como Glauco, experimenta un acercamiento místico pero virtual a su amada desde una perspectiva no completamente humana. No se encuentra tan sólo observándola intelectualmente; Dante, como Glauco, se vuelve parte integral —y semidivina— de lo que ve virtualmente y después presencia en su plena realidad en el Paraíso. Dante tiene que inventar incluso una palabra especial para comunicar esta experiencia: es la palabra *transhumanizar*, *transhumanización*, que significa la coincidencia y transfiguración simultánea de un ser humano en el acto de expe-

rimentar no como observador, sino por medio de la gracia de haber sido transformado en un participante virtual en la experiencia misma que implica una suerte de deificación en menor escala en la misma manera que Glauco, mientras que, simultáneamente, queda en el plano de la conciencia humano.

En el poema de Ovidio, Glauco observa desde la profundidad del mar, donde también cayó Palinuro, el piloto, en cumplimiento de la misión del fundador de Roma, Eneas, quien también aparece en forma breve en *Las metamorfosis* de Ovidio. Pero Glauco observa a Eneas en su función política, desde la perspectiva de una criatura del mar resultado de la mutación que ha sufrido al caer en el mar después de comer la hierba. Glauco es yuxtapuesto en asociación cercana con los peces y monstruos marinos debajo del superficie de los aguas. Desde esta perspectiva, sumergido debajo de las olas, capta en su metamorfosis en dios menor pero todavía humano, la gestión política de Eneas en su viaje para fundar a Roma.

En el episodio de Glauco, Dante transhumaniza una experiencia política prestada de la versión superficial de Ovidio y tomando de la conciencia de sus lectores toda la profundidad de la *Eneida* de Virgilio a la misma vez. Y así, continúan las metáforas de mutabilidad —política, filosófica y literaria— durante siglos.

No debemos pensar que aquellas eran, para sus lectores y oyen-

tes, metáforas recónditas, así como lo son para nosotros en el siglo XXI. No, eran bien conocidas y amadas, cantadas y memorizadas por las poblaciones que hasta escribieron graffiti en las paredes de Florencia con estrofas enteras de Virgilio. Éste y Ovidio, históricamente contemporáneos en sus vidas romanas, continuaban informando y contribuyendo a los tratados y correspondencia política de los humanistas del *Cinquecento*, quienes deseaban comunicar situaciones políticas en proceso de transformación por medio de metáforas de mutabilidad en una manera sumamente sutil, creativa y alusiva.

La mutabilidad es siempre una alusión a la condición humana, no solamente hoy, sino durante los Renacimientos culturales, políticos y comerciales de las repúblicas marítimas de la Cuenca del Mediterráneo del Oriente, principalmente, como hemos visto, Venecia, Génova y Pisa. La mutabilidad es la metáfora *par excellence* para el ser humano en sus acciones y pensamientos.

El mismo fenómeno de la mutación tiene una resonancia a través de los siglos hasta en los planteamientos de Karl Marx en el siglo XIX cuando, en una prosa poética y victoriana, Marx declara que la vida intelectual y social surge de las condiciones materiales en que florece o no el ser humano. El trabajo en que estamos ocupados de por vida, marca no solamente la conciencia, sino el cuerpo de quien trabaja en ello. La mutabilidad como deformación

es producto de la yuxtaposición del cuerpo a la máquina o actividad en que está inmersa. La misma actividad, y su consiguiente estado mental, transforma el cuerpo y la conciencia, ambos.

Contemporáneo del filósofo alemán, Charles Dickens, que escribe cuatrocientos años después de los humanistas del *Cinquecento*, presenta versiones novelísticas de mutaciones humanas rememoradas en las muchas novelas de la época victoriana de Inglaterra. En todas sus novelas leemos acerca de cuerpos mutilados por el trabajo en las fábricas de la revolución industrial, de los obreros parados en posiciones forzosas, tejiendo algodón, por ejemplo, en las máquinas de hilar durante la revolución industrial, para tomar un solo ejemplo. Durante horas, días, meses y años, un ser humano frente a una máquina en una determinada posición física, llega a ser transformado en un ser humano con un hombro más alto que el otro o una pierna más corta que la otra, o con pies que no están alineados normalmente —deformaciones representadas con cariño en los personajes de las novelas de Dickens, como es el caso de Mrs. Lopsided. Así que la mutación es una metáfora de muchos siglos, desde Ovidio hasta nuestros días todavía.

Lo mismo en la vida moral: un ejemplo también del siglo XIX es el Reverendo Arthur Dimmesdale en su relación clandestina y adúltera con Hester Prynne en la

novela *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne. Dimmesdale sufre una especie de estigma en su pecho cuando crece la úlcera de la letra escarlata (la “A”, que significa adulterio) en la piel de su pecho encima del lugar donde está ubicado su corazón. Sólo Hester usa abiertamente la letra “A” bordada en el pecho de su vestido para que pueda verla todo el mundo y así ser castigado en público, mientras que, simultáneamente, el estigma quema la piel de su amante, escondido en la carne de su pecho debajo de su camisa. La mutabilidad perdura también como metáfora en la vida moral y ética.

Hablando en generalizaciones, entonces, la deformación, mutilación, exaltación, significación, transformación de la vida moral —la transhumanización— que procede de la condición del cuerpo humano y la proximidad y yuxtaposición en las actividades a las que se dedican el ser humano día tras día producen la mutabilidad de la condición humana en su manifestación material y moral, ambos. Las condiciones materiales expresan una perspectiva —como en el caso de Ovidio, Virgilio y Dante representando la misión política y mítica de Eneas desde la observación desde debajo del mar, viendo, en forma transhumanizada, por la superficie del agua, la mutabilidad efectuada moralmente y políticamente en Eneas acercándose a lo que iba ser Roma siguiendo las instrucciones de su padre, Anquises, quien ha

declarado a su hijo que el arte de los romanos era un arte político, el arte de gobernar la tierra. Dante, comparándose con Glauco en el mar, observa a Beatriz en su contemplación a Dios y experimenta la transhumanización de la unión mística con Dios por medio de la estética enseñada por la figura de Beatriz, virtual y real.

Pero regresemos al siglo XV, el *Cinquecento* italiano, tan parecido en su vida del comercio marítimo en el mundo mediterráneo con nuestra costa con su potencial como ciudad portuaria, al lado del mar Pacífico. La lógica impresionista nos impulsa hacia un reexamen de las mutaciones que se sufren por el contacto e inmersión en las actividades humanas a diario. ¿Qué transformaciones nos depara la mutabilidad en este entorno del siglo XXI?

Venecia, Génova y Pisa, originalmente ciudades sin importancia, que, sin embargo, brotaron como flores lujuriosas en el desarrollo de sus puertos y el ejercicio del comercio marítimas de larga distancia en aquellas actividades de la vida oral y religiosa que eran las Cruzadas de los siglos XI y XII en adelante. Las Cruzadas tenían como objetivo recapturar a la ciudad sagrada, Jerusalén. La riqueza e importancia de estas ciudades como puertos internacionales surgieron de la participación comercial de Venecia, Génova y Pisa en la empresa de las Cruzadas con la necesidad para estos servicios que tenían los

cruzados, sus caballos y séquitos. Eso implicaba pagos enormes para transporte marítimo y aprovisionamiento de toda índole. Las ganancias aportaron magníficas e inimaginables riquezas a estas ciudades portuarias en el Mediterráneo en la época prerrenacentista.

Hay posibles paralelos entre algunos de estos puertos con los nuevos puertos de El Salvador —país del Divino Salvador del Mundo en el siglo XXI. Veamos primero a Pisa, que hasta sufrió una metamorfosis en la mutación internalizada de su imagen como ciudad efectuada por medio de una palanca espiritual superior a las demás ciudades de su región en el Norte de la península italiana durante las Cruzadas. Esta mutación, en el imagen de los pisanos de ellos mismos, se cumplió precisamente por su transporte en sus barcos comerciales a los cruzados, transportándolos y dejándolos a luchar en el Levante por la Tierra Santa y, al regresar desde Jerusalén a Pisa, los barcos pisanos se cargaron, literalmente, con la tierra de las orillas de la Tierra Santa—tierra sagrada para transportarla a Pisa

Con sus barcos cargados con la tierra de la Tierra Santa, los pisanos llenaron los cementerios de su ciudad —los camposantos. Llenados, literalmente con tierra sagrada, en el momento del Juicio Final y la Segunda Venida, los pisanos enterrados en la tierra transportada de la Tierra Santa del Medio Oriente, iban a ser proyectados en una ma-

nera privilegiada para encabezar la primera fila para entrar al Paraíso, literalmente, en su imagen de ellos mismos en el fin del mundo, a causa de sus lugares de entierro en la tierra sagrada. Llegarían los pisanos, antes de todos los demás, al Portón donde San Pedro los iba permitir ser los primeros en entrar al Paraíso. Este fenómeno nos proporciona otro ejemplo de la auto-percibida mutabilidad de una ciudad a un estado de superioridad espiritual que proviene de sus circunstancias materiales —en este caso, la tierra del Camposanto de Jerusalén que llenaba los cementerios de Pisa.

Tomamos un segundo ejemplo para visualizar el futuro de los puertos del Pacífico en el siglo XXI: la configuración geográfica, no solamente de los cementerios, si no de toda una ciudad como Venecia. La geografía portuaria de Venecia proveyó las fundaciones sociales para la unidad basada en intereses comunes en que se beneficiaron grandes segmentos de la población veneciana. Separados de los demás centros de poder regional en el Mar Adriático, Venecia, por ejemplo, pudiera desarrollar el éxito lucrativo desde su acceso al mar, donde se refugiaron en el siglo IX para fundar su ciudad en las islas y pantanos sin tierra para después crecer a la grandeza del magnífica ciudad portuaria de Venecia sin la necesidad de mantener un ejército para conquistas continuas, así como en la mayoría de casos de las otras ciudades-repúblicas de la región

italiana durante los Renacimientos. Las condiciones materiales del puerto veneciano con su arsenal, con su aislamiento espléndido dado su acceso fácil al mar, fueron explotadas conjuntamente por todos los elementos de la sociedad veneciana. La comparación con el potencial para la mutabilidad de la costa pacífica es ilustrativa.

Los venecianos desarrollaron sistemas de canales, diques, proyectos de drenaje y otras obras hidráulicas que requieran de la población de la república marítima un alto grado de cooperación y un sistema sofisticado de agencias administrativas dedicadas a objetivos y oportunidades colaborativas que todos los venecianos pudieran respetar y apoyar para su beneficio y ganancia mutua. Tómese nota que los venecianos, con la acumulación de riquezas que resultó, donaron —no pagaron impuestos forzados por el Estado, si no, como digo, *donaron* no solamente a la iglesia, sino al Estado y crearon instituciones benéficas de todo índole. Era, pues, la República Serenísima, una república sin par que puede servir como modelo.

Ahora, estas maneras de pensar no escaparon de las miradas atentas de los papas renacentistas en sus evaluaciones de la vida moral de sus feligreses de la península italiana, de estos marineros comerciantes creciendo y cambiando a gran escala y quienes, desde su riqueza acumulada, alcanzaron y ocuparon, por medio de estas riquezas y

puestos de poder político. Pero, a la misma vez, los papas renacentistas eran también príncipes terrenales con todo el poder y esplendor de los condotieros militares, como Giangaleazzo Visconti de Milán, el más poderoso de todos, merced a sus exitosas conquistas de muchas ciudades prósperas en comercio, o de los Médicis, con sus poderosos imperios de finanzas internacionales y sus bancas. Y eso para no mencionar el poder genovés representado por el prestigioso Banco di San Giorgio, el banco para toda Europa, y también funcionó como el banco exclusivo de los Habsburgos, por lo cual fue filtrado toda la plata americana del imperio español del Nuevo Mundo en el siglo XVI a toda Europa, financiando poder político y militar en toda Europa: el Banco di San Giorgio, el caso más sobresaliente de la mutabilidad y metamorfosis del dinero para formar un poder político y militar es representado en ejemplos como este banco, producto del poder y riqueza marítima.

El príncipe poderoso, el papa renacentista-*cum*-príncipe, Pío II, para mencionar un ejemplo específico, promulgó la idea y la implementación de una nueva Cruzada, una idea que avanzó junto con la emisión y difusión de su bula papal *Execrabilis* (1460). En este documento declara que los venecianos

eran “comerciantes de una población sórdida a quienes no se puede persuadir a hacer nada noble” (*The Commentaries of Pius II*. Trad.: F.A. Gragg, Northampton, 1939).

Aquí se puede discernir el mismo prejuicio de los eclesiásticos contra las sociedades mercantiles en general durante los Renacimientos europeos. Pero Su Santidad Pío II continúa diciendo en el mismo documento que los comerciantes — que siguen desarrollando lo que ya representa su segunda naturaleza, la cual consiste en pesar y sopesar todo a la luz de su utilidad— estiman que, dado el pragmatismo burdo de la utilidad, no entra en la ecuación la cuestión del honor. En las palabras de Pío II, se pueden percibir, entre líneas, las palabras de Jesús en el Evangelio según San Marcos (8: 36): “Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” (*Nueva Biblia de Jerusalén*).

No obstante, Pío II no se detiene sólo en esta conclusión. Eleva su discurso retóricamente para preguntar, utilizando una metáfora de la mutabilidad, concentrando hasta la quintaesencia la deformación o transhumanización a la manera de Glauco, de los venecianos quienes, según dice Pío, se dedican exclusivamente al comercio marítimo. Comienza con el *exordium* en forma retórica:



Pero, a los peces, ¿qué les importan las leyes? (...) Como las bestias acuáticas tienen lo menos en términos de inteligen-

cia, los venecianos son los menos justos y menos capaces de la humanidad y, naturalmente, porque viven en el mar y pasan sus vidas en el agua; utilizan barcos en lugar de caballos; no son tanto socios de los hombres, mas de peces, y compañeros de monstruos marinos. Se complacen solamente ellos mismos mientras que hablan, se escuchan a sí mismos y se admiran... Son hipócritas. Desean aparecer como cristianos ante el mundo, pero en realidad nunca piensan en Dios y, con la excepción del Estado, al que ellos consideran como un dios, no mantienen nada como sagrado, nada santificado. Para un veneciano, es justo lo que es justo para el Estado; es decir, es importante y sagrado lo que incrementa y aumenta su imperio... Se permiten hacer cualquier cosa que podría llevarlos a obtener un poder supremo. Se puede, piensan, violar cualquier ley o derecho para ganar el poder. (*Comentarios del Papa Pío II, Op. Cit.*)



En las transhumanizaciones presentadas en estas declaraciones se ve un paralelo con las alegaciones de Santo Tomás Moro cuando describe la metamorfosis de las ovejas inglesas, reportada en el primer libro del tratado en latín, *Utopía*, publicado en 1516. Este episodio, plasmando la transformación de ovejas en caníbales, es relatado por el personaje dramática de la obra, Rafael Hitlodeo, marinero portugués quien conoce las Islas Afortunadas, camino a América. En su conversación con el Cardenal Morton, Hitlodeo observa y reporta la mutación por avaricia de las ovejas inglesas como resultado de las Actas para el Encierro de las Tierras

(*Enclosure Acts*) de principios del siglo XV en Inglaterra, actos legales que desalojaron a los campesinos y jornaleros quienes ahora comienzan a morir de hambre como resultado. Cincuenta años después de la Bula Papal *Execrabilis*, Santo Tomás Moro, quien siempre, nos dice, había querido ser monje cartujo, plantea una metamorfosis y mutación como resultado de la dedicación mercantilista excesiva de laicos y religiosos de su época. Las ganancias que ellos perciben en lana que se expriman de las ovejas que ahora ocupan la tierra en lugar de los pobres jornaleros ingleses está expresado en la mutación de las ovejas.



Sus ovejas (dice Hitlodeo) que son, usualmente tan mansas y que se pueden alimentar con tanta facilidad, ahora, según lo que se reporta, se han vuelto tan avariciosas y ferozmen-

te silvestres que andan devorando a los seres humanos, devastando y despoblando campos, casas y aldeas.

(*Utopía*, Lib. I. Traducción propia)



La mutabilidad por la avaricia en ambos casos (los comerciantes venecianos y los terratenientes ingleses) ha hecho de los seres humanos peces que ignoran y se desentienden de las leyes, u ovejas carnívoras, esto es, terratenientes caníbales. Los cambios camaleónicos demuestran la relación entre la vida externa y la vida moral interna. Al fin de cuentas, a los peces, ¿qué les importan las leyes?

En el momento en que se están edificando los puertos en las orillas del Pacífico, se pueden examinar posibles transformaciones saludables en la vida moral nacional, que cambiarán radicalmente con los nuevos tratados de libre comercio internacionales que vienen en camino —quíerese o no— con el desarrollo de los puertos. Hay tiempo todavía para escoger las metáforas nacionales con cuidado.

---

**LECTURAS RECOMENDADAS:**

Baron, Hans. *The Crisis of the Early Italian Renaissance* (Princeton University Press, 1966).

Bouwsma, William J. *Venice and the Defense of Republican Liberty. Renaissance Values in the Age of the Counter Reformation* (University of California Press, 1968)

Garin, Eugenio. *El Renacimiento italiano* (Barcelona: Ariel, 1986)

Hankins, James, Ed. *Renaissance Civic Humanism* (Cambridge University Press, 2000)